

A pesar de que los personajes suelen andar en parejas, la autora desarrolla mucho más la psicología de los caracteres masculinos que los femeninos. Las mujeres son borrosas e impersonales: se habla de ellas lo justo y necesario. Los varones —el padre y el tío— acaparan toda la atención de Agata Gligo. El auténtico y profundo protagonista de esta novela —ya lo dije— es Ladislao. Es el personaje con más misterio, con más encanto, el que la autora tiene más cerca de su corazón. En cuanto a la narradora misma, Karla, como protagonista, hay algo singular en ella: es su distancia de sí a sí, su ausencia, su desapego de la vida, su imposibilidad de dramatizar, su sobriedad, su femenina intimidad soñadora, su dejo triste y su irremediable aura de soledad. Es también un magnífico personaje. Los demás, a su lado, tienen menos interés.

Agata Gligo desecha del todo la vía experimental y escribe una novela tradicional con plena confianza en los recursos de siempre, que domina bien. Entre líneas se divisa su salud, su inocencia, la sobria sanidad espiritual que demuestra en una novela visiblemente ligada a lo autobiográfico, como suele serlo casi siempre la primera novela. Diría, sin conocerla, que su obra irradia una personalidad sólida, armónica, rica en su “pobre tercer deseo”, que es... hablar con Ladislao sin límite de tiempo.

IGNACIO VALENTE

ALLENDE, MI VECINO EL PRESIDENTE

De *Fernando Alegria*

Editorial Planeta Chilena, Santiago, 1990, 300 págs.

<https://doi.org/10.29393/At461-21AVIV10021>

Fernando Alegria (1918) es un excelente novelista, de quien quiero recordar sobre todo su famoso *Caballo de copas*, y que se atreve hoy con el tremendo desafío de novelar la vida de Salvador Allende, de quien ha sido su vecino y amigo, pero no un testigo importante de sus vicisitudes. Alegria suple esta carencia con una profusa documentación, y, pensándolo bien, quizás le venga mejor como narrador una cierta distancia objetiva, que no la excesiva inmediatez del testigo visual, más enredado en sus propios sentimientos. Es difícil leer esta novela con ojos neutrales, como si no se tuviera compromiso alguno con ninguna de nuestras banderías nacionales. Con todo, es lo que intento hacer en este comentario: pura crítica literaria, sin juicios históricos de ninguna especie.

De una biografía tan compleja y tan polémica, lo que el autor quiere rescatar es esto: “recuerdos amables, tristezas y alegrías modestas, los chispazos donde captamos un rasgo genial, las caídas que nos enternecen, la sensación ambigua de una vida intensa, el amor que lo engrandece...” Así es el Allende que Alegria conoció: “orgullosa, echado para atrás, bueno para los combos —a pesar de su miopía— y, al mismo tiempo, galante y elegante, rendido ante las mujeres y, cosa que a muchos sorprendía, profundamente tierno con los niños, bondadoso y querendón”. El autor no ignora que tales recuerdos pueden deslizarse por el plano inclinado de la apología y el ditirambo; por eso afirma que a un personaje así “no pueden entonársele himnos, ni debe escribirse su vida en un libro de santos”. El género de este relato es la novela histórica o la biografía novelada, ante la cual Alegria se siente a la vez “en libertad absoluta para imaginar y con total respeto por lo imaginado y lo vivido”. La novela es una compleja mezcla de subgéneros, entre los cuales destaco el reportaje, la entrevista, la crónica, el ensayo, inscritos todos ellos, sin embargo, en la estructura formal de la novela.

Como lector, me gustan más los episodios, que yo desconocía del todo, por sobre aquellos

de crónica montada acerca de anécdotas ya bien conocidas. Es natural: la novela histórica nos parece más novela donde la sentimos menos histórica, menos periodística, más inventada. También me parece Alegría mucho más fuerte cuando escribe la *petite histoire* —inventada o real, da lo mismo— que cuando describe los grandes acontecimientos políticos de la época, tal como podría hacerlo un libro de divulgación histórica o un ensayo de tesis sociológica. El excesivo peso de estos últimos géneros tal vez resulte inevitable en la presente obra, que con frecuencia es escasamente narrativa, porque el rumbo de los acontecimientos generales del país supera con mucho la revelación de los protagonismos personales, entre ellos el del propio Allende, que desaparece durante largas páginas de esta novela, al menos como personaje vivo.

Los sucesos del país entre 1924 y 1973 reciben una inequívoca interpretación socialista, afin a la ideología de su protagonista. Esta interpretación no molesta narrativamente; al contrario, es casi parte de la vida y atmósfera del personaje. Lo que el lector sí echa de menos es el protagonismo personal de éste, demasiado disuelto en el contexto de los grandes avatares de los diversos regímenes que se suceden en el poder. Queremos más Allende y menos Alessandri, menos Ibáñez, menos Grove, etc. Las novelas de esta índole —ligadas a la historia— resuelven casi siempre el difícil problema de los protagonismos colectivos —de masas, partidos, clases, ejércitos, etc.— mediante su reflejo indirecto en el microcosmos directo de un puñado de destinos individuales, que pasan a ser lo sustancialmente narrativo. Esta es precisamente la pieza clave que no funciona en la actual novela. Los hechos colectivos están narrados como tales, a la manera de la historia, la sociología o la crónica; y los hechos personales son como apéndices, que se asimilan a los colectivos, y por eso rara vez descienden a la revelación de la anécdota singular, a la concreción del episodio íntimo. Tal vez Alegría no se sintió autorizado a usar más de su imaginación. Predomina con mucho la crónica sobre la novela, el género *non fiction* sobre el *fiction*. Hay muy poco del personaje privado, del *individuum inefabile*: el personaje público, con su carga de impersonalidad e ideología, domina enteramente la escena.

Esta novela histórica se mueve de punta a cabo por el borde de un delgado abismo: la idealización abstracta del personaje, quien, exento del claroscuro de la vida, se puede convertir a cada paso en un héroe edificante, en un dechado de virtudes cívicas, en una gloriosa excepción de la ambigüedad y la incertidumbre de los seres de carne y hueso. Por decirlo con una comparación: es la libre irreverencia la que permite a García Márquez hacer descender a Bolívar del panteón de los héroes patrios y meterlo en el apasionado laberinto de los mortales. Una libertad de esa índole se echa de menos en esta novela, donde Allende no llega a cobrar carnalidad humana a causa de sus exclusivas virtudes. Y eso que el personaje real estaba lleno de destellos moralmente polifacéticos, incluso operáticos, que le conferían materia prima para ser un gran personaje de novela. Me atrevo a decir que Allende fue mucho, muchísimo más novelesco en su vida real que en esta novela de su vida. El pie forzado del panegírico se ha vuelto aquí contra el novelista, impidiéndole una aproximación más irreverente, más total —más humana— al excelente personaje que tenía ante sí.

Por eso Allende como protagonista de esta novela tal vez desilusione a muchos lectores, incluso al margen de sus ideas políticas, pues el personaje aparece de modo tan unilateral bajo la dimensión del luchador social, del abanderado de los pobres, del político socialista, etc., que todo otro rasgo de su rica personalidad pasa a pérdida. Las escasas referencias a otros aspectos de su carácter son inevitablemente edificantes y convencionales: buen padre de familia, buen amigo, buen correligionario, buen vecino, etc. Si se tratara de otra persona, pase. Pero nos consta que la vida de Allende fue intrínsecamente aventuresca, y que él fue un gran carácter de novela: complejo, ambiguo, contradictorio —humano, a fin de cuentas— y, en fin, multidimensional: un carácter cuyas virtudes iban inextricablemente ligadas a sus defectos, como es

por lo demás común en la condición humana. Nos queda la impresión de que su rica sustancia humana se sacrificó aquí en aras de su posible ejemplaridad social, o de las virtudes de la causa, o de lo edificante de su protagonismo. Una mayor audacia para trazar las sombras del personaje habría resaltado mejor sus luces. Sin unas ni otras, el cuadro global de *Mi vecino el Presidente* se opaca en una luminosidad difusa, donde, igual que en el crepúsculo hegeliano, todos los gatos son pardos.

IGNACIO VALENTE

LA INSURRECCION

De *Antonio Skármeta*

Editorial Planeta, Santiago, 1989, 232 págs.

Antonio Skármeta (1940) fue el más brillante narrador de su generación, y trajo al cuento y a la novela chilena aires renovadores de una indudable frescura juvenil. Hoy regresa de Alemania cargado de fama. Se nos informa que esta nueva novela suya ha sido traducida a diez idiomas, y se ha hecho de ella una película. Se me ocurre pensar que tal éxito se debe en buena parte al tema: al hecho casi extraliterario de ser una novela sobre la revolución sandinista en Nicaragua, porque en su propia hechura narrativa castellana —y a pesar de su evidente amenidad— no hay méritos formales suficientes que expliquen del todo tal difusión, no obstante el interés épico que sin duda poseen sus mejores páginas. En conjunto, la obra resulta demasiado desigual.

El primer interrogante formal que nos hacemos ante una novela de este tipo se refiere a la manera como el autor ha resuelto el difícil problema de los protagonismos colectivos y los movimientos de masas. Skármeta ha seguido, en este aspecto, un esquema más bien clásico y sumamente efectivo: ha explorado las incidencias de la revolución sobre un pequeño puñado de vidas mínimas de la ciudad de León, que se agitan locamente a su ritmo febril: un cartero, una niña bonita, su novio guerrillero, su hermano soldado de Somoza y luego desertor, un capitán y un sargento del mismo bando, un peluquero, otro guerrillero.

El sandinismo brota aquí espontáneo del corazón del pueblo como una revuelta incontenible y justa; el somocismo, por el contrario, está entregado a la crueldad sin tregua de los poderosos que sólo representan sus propios intereses. Este reparto del bien y el mal se prestaba para una descripción maniquea de la realidad social en blanco y negro, pero Skármeta sortea con habilidad el obstáculo, pues la justicia y la maldad quedan sobriamente plasmadas en la objetividad de las figuras, situaciones y personajes, sin que aparezca casi nunca la interferencia de la voz del autor como juez moral de sus propias creaturas.

Los resortes del dramatismo y del suspenso están desigualmente repartidos a lo largo de la obra. Por simplificar, diré que ellos son más escasos en la primera mitad del libro, cuya entrada en materia, a pesar de la rapidez de los episodios y de su montaje caleidoscópico, es una entrada lenta, a ratos farragosa. La segunda mitad, en cambio, es amenísima y se anima visiblemente con episodios agitados e interesantes, entre los cuales destacan la desertión de Agustín, la violación de su hermana por el sargento —escena más bien efectista y fácil—, el asalto somocista al campanario de León, el atentado de fuego contra el Comando y, finalmente, el apogeo de la insurrección popular. La diferencia de ritmo narrativo entre la lentitud inicial y la rapidez final es visible: es un ritmo uniformemente acelerado, que convence bien de la mitad en adelante.